

to a la expresión, al mover de las manos, a la fragancia, a la calidad, pastosidad y sonido de las voces de sus personajes, que a su pensar y sentir.

De los seres mironianos conocemos esencialmente su plástica corteza, su color, su especial fragancia, el frío o la calidez de su piel, la blandura o la aspereza de su voz. La atención de Miró hacia sus personajes es una atención sensorializada. Por eso abundan en sus obras los tullidos, los leprosos, los mendigos deformes y horribos, seres todos que, por alguna peculiaridad física, excitan más vivamente aún la atención sensorial.

En el extremo opuesto, pero en la misma línea, habría que situar el gusto de Miró por la humanización de la naturaleza. Si el hombre interesa plásticamente, como carnal contorno que está incrustado en un más amplio marco, en éste se da el proceso inverso pero tendente a lo mismo, a la ya citada fusión o simbiosis. La humanización de la naturaleza y de lo inanimado no es peculiar de Miró, ya que se encuentra en muchos escritores, pero en el levantino parece cobrar especial sentido, alineada junto al hacer del hombre cuadro o paisaje.

De esta humanización de la naturaleza pueden encontrarse abundantes ejemplos en casi todas las obras mironianas. En *Del vivir* se habla de

casales... como rostros de labriegos (Pág. 4).

En *La novela de mi amigo* hay

plantas hordálicas que parecen sorprendidas en una contorsión de ira o de danza grotesca (Pág. 123).

En *Niño y grande* juega burlonamente el autor con las palabras, al describir

una sierra delgada, femenina, que se ceñía con garbo la falda (Pág. 417).

imagen repetida en *El libro de Sigüenza*:

